

tos, ninguna se encuentra de las que no le seamos deudores; ninguna, ni aun de aquellas que se atribuyen á la filantropía, virtud de la tierra, que muy pronto se ha olvidado que es hija de la caridad y por consiguiente del génio del sacerdote y del cielo.

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.
DESARROLLO DE LAS CIENCIAS, DE LA LITERATURA
Y DE LAS ARTES, POR EL GÉNIOS DEL SACERDOTE.

El sacerdote católico, haciendo conocer al hombre su origen y su naturaleza, sus relaciones con sus semejantes y el término de sus destinos, dió una direccion realmente progresiva á la humanidad. Hasta entónces marchaba, es verdad, pero ¿quien podria adivinar á dónde hubiera ido á parar, si no hubiera aparecido en el mundo el genio del sacerdote para sostenerla y acompañarla en su carrera del tiempo, hasta la puerta de la eternidad? De su doctrina, que es la

moralización del individuo, descuella el predominio de los trabajos intelectuales: y aun cuando no debiéramos más que la iniciativa de esto al genio del sacerdote, muy justo sería atribuirle sus resultados, porque necesariamente de ahí afluyeron.

Difundiendo esta doctrina, el sacerdote católico había correspondido á la voz de su Maestro que subiendo á los cielos le había dado por despedida esta misión divina. *Id á instruid al mundo*; y para hacerla más fecunda, el sacerdote católico marchó en la liza que se le trazará, inspirándose su genio y sacando sus conocimientos de aquella fuente que desde los primeros siglos habían señalado Orígenes y Tertuliano, y que se ha seguido por toda la sucesión de los tiempos. Antes que Constantino hubiera hecho sentar sobre el trono de los Césares al sacerdote católico, él había ya ascendido á otro más elevado, pues tenía en las manos el cetro de la inteligencia, que nunca caería ya de su mano. Desterrada entonces del foro y del senado, la elocuencia escogió por refugio nuestros templos católicos y nuestras cátedras sagradas, donde tronaba S. Juan, boca de oro, y donde corría como río de miel la conmovedora palabra de Agustín de Hipona. Las ciencias

y las artes, espantadas entónces de la espesa nube que de los oscuros países del Norte comenzaba á extenderse sobre el imperio, fueron á abrigarse al pié de los altares y bajo el asilo del genio sacerdotal. Lo que pretendían se les otorgó: y cuando aquellos pueblos salvajes, que Roma en sus conquistas no había podido llegar á domar, vinieron á ejercer sobre ella las venganzas del cielo y de la tierra, el sacerdote se avanzó ante ellos; con sus dos manos, su genio protegió á los ilustres refugiados; y con su voz, ilustró á aquellas hordas ignorantes. Mientras que reanimaba por una parte, con su poder y su firmeza á las poblaciones aterrorizadas que corrían á refugiarse á su lado, huyendo del arma homicida ó de la barquilla del Normando, por otra, abría las puertas de sus monasterios á las musas lacrimosas de Homero y de Virgilio,

En todo el tiempo de aquella tenebrosa oscuridad, los claustros fueron los que albergaron el fuego sagrado de la ciencia. Al genio del sacerdote estaba reservado al noble privilegio de conservarla y desarrollarla, y mientras que el islamismo por el brazo de Omar entregaba á las llamas la biblioteca de Alejandría, los hijos de S. Benito velaban, como centinelas infatigables, sobre las riquezas intelectuales que la an-

tigüedad nos había legado. Gracias á ellos—reconozcámoslo—han llegado hasta nosotros los sonidos armoniosos de la lira de Píndaro, de Horacio, las pomposas relaciones de Tucídides y de Tito Livio, los cuadros atronadores de Tácito, y las arengas tan elocuentes de Demóstenes y de Ciceron. ¿Quién podría contar las horas que al silencio de la noche, y á su reposo, le quitaron aquellos monges, para reproducir los escritos del divino Platon y de Aristóteles, que habian levantado el cimiento de todas las ciencias?

Para el genio del sacerdote por cierto que no era bastante haber sido el depositario y conservador del saber, sentía además la necesidad de propagarlo y agrandarlo. Por doquiera que el sacerdote plantaba la cruz, á su lado estaba la escuela; y todos los siglos, y todos los países atestiguan que nunca el genio del sacerdote ha cesado de esparcir la instruccion, segun la necesidad y los tiempos, diganlo que dijesen los que falseando la historia y llevados de su odio sistemático, solo tratan de deturparlo. Desde las academias que fundó Alcuino bajo el imperio de Carlo Magno, ¿cuantas corporaciones sábias no se han formado? ¿cuántas universidades no han sido criadas por él, progresando á su abrigo tutelar? En España, la de Salamanca; en

Italia, las de Boloña y Ferrera; en Alemania, la de Leipsick, donde Leibnitz fué formado; en Inglaterra, la de Cambridge, donde estudió Newton, á quien parece que Dios reveló las leyes del universo; la de Oxford, que debia producir á un Bacon y á un Tomás Moro, filósofo el último en sus escritos y en su vida, y mártir en su muerte: y sobre todas, en fin, la vieja universidad de Paris, donde enseñó un Santo Tomás, donde creció un Abelardo, y donde se nutrió la inteligencia de Boileau, y el genio sublime de Bossuet.

Ved, pues, al genio del sacerdote ocupándolo todo, y sacrificando sus vigiliass al deber sagrado de esclarecer al mundo prodigándole su abnegacion y cuanto estaba á su alcance para el cumplimiento y perfeccionamiento de su obra. Un soberano Pontífice acoge la infancia de la imprenta que Luis XIII proscribe en Francia; un delegado de la Silla Apostólica anima á Renato Descártes á publicar aquel sistema de filosofía que durante dos siglos prevaleció en nuestras escuelas, y que siempre combatido, siempre ha prevalecido. En medio de tan multiplicados trabajos, el sacerdote veia nacer á su lado los descubrimientos más importantes y más útiles. Si las miradas de Halley han podido seguir el

curso y predecir la aparicion de tales astros hasta causar el espanto de ciertos lugares; si Olbers, y Herschell encontraron otros mundos que rodaban á su derredor, todo lo deben al franciscano Roger Bacon, quien por la invencion del telescopio, acercó los cielos á la tierra. La brújula salió de Florencia de manos del diácono Flavio de Givia para conducir á Gama por el Cabo de las Tempestades, á Cristóbal Colon para descubrir un nuevo mundo, á Cook, en fin, á los hielos del polo y á oceanos desconocidos, cuyos secretos hasta entónces ignorados fué el primero que nos dió á conocer. Prosiguiendo el estudio de los descubrimientos importantes, con qué sentimiento de profunda satisfaccion no se vé que no hay uno solo de ellos de que se glorie el espíritu humano y de que se aplauda la humanidad, que no haya partido del génio del sacerdote.

Si bajo otro punto de vista consideramos el desarrollo que el génio del sacerdote ha impreso á los diferentes modos de manifestacion de la inteligencia humana, encontramos que él los ha marcado todos con un sello que á él solo pertenece. En los tiempos que le precedieron no tuvieron las ciencias ni órden ni profundidad; la filosofía no hizo la justa y debida apreciacion

de la divinidad y de la naturaleza humana, la elocuencia no cobró tanta fuerza y sublimidad, la historia no hizo tan extensos cálculos, la poesía no inventó imágenes tan graciosas, sentimientos tan puros, ideas tan elevadas; las artes, en fin, no tuvieron más medios para enternecer y elevar las almas. Las artes dije? Si, porque las artes tambien han marchado bajo la influencia del Sacerdote, en la vía progresiva que les abriera. Para convencernos de ésto, recordemos solo el siglo de Leon X. (1)

Hermanas de la poesía, pero llamadas más inmediatamente para embellecer las pompas del oculto, las artes recibieron entónces un impulso mas profundo. Lo bello fué sin duda la base del arte antiguo, pero lo bello tal como lo ofrecia la naturaleza visible: el arte moderno ha podido mejor presentar y trazar el bello ideal: el primero le dá la forma, el segundo lo espiritualiza. El Júpiter de Fidias era bello sin duda; la magnitud colosal de sus proporciones le daban un aire de majestad que impresionaba al espec-

(1) El abate Barthelemy mucho tiempo indeciso sobre si tomaria para su jóven Anacarsis el siglo de Pericles ó el de Leon, se decidió por el de este último.

tador; pero las estatuas de Moises y de Julio II, ¿no es cierto que tienen más sublimidad y más vida? En la representacion de los objetos, aun los del culto mitológico, ¿qué artista antiguo tuvo una idea tan atrevida como Juan de Boloña en su Mercurio? Zeuxis, en su cuadro de Elena, ¿tuvo más gracia que ponerle, que Rafael á sus Madonas? Polignoto, representando la ruina de Troya, ¿pudo ser tan terrible como Miguel Angel en su juicio final? Las antiguas doctrinas, ¿podian inspirar una creacion de un afecto tan moral, tan sorprendente, como la flagelacion de Rubens? Y Rafael y Rubens, cuyos pinceles se inspiraron en el genio del Sacerdote, son las obras maestras de aquellas inmortales escuelas de la Italia y de Flándes, con que se honra ahora la pintura.

En los templos sobre todo, que están enriquecidos con sus obras maestras, es á donde debemos ir á buscar aquella expresion que el genio del sacerdote ha sabido dar á todo lo que de él procede. Nada hay en él que no tome una voz para hablar al espíritu y al corazon. La Catedral extiende sus brazos en cruz sobre sus dos costados para recordar que este signo donde fué consumado el sacrificio del Dios-Hombre, y aquella ley del sacrificio impuesta á la humani-

dad, que es el objeto inmediato de la mision del Sacerdote católico. Sus columnas elegantes y delineadas se elevan en los aires, tan ligeras como el fervor de la oracion y el humo del incienso. La flecha atrevida de sus torres se lanza á las alturas aéreas como para señalarnos la patria de donde estamos momentáneamente desterrados; y el bronce sonoro que resuena en el campanario, ¿no parece una voz que baja del cielo para recordárnoslo? ¡Qué fé tan viva se necesitó en aquellas generaciones que pusieron los cimientos de las Catedrales, muriendo sin haber visto subir sus paredes y pilares, y en aquellas otras que viendo subir sus pilares, morian sin ver cerradas sus bóvedas! ¡Cuánta era la fé del artista que consumía luengos años en cincelar la piedra que debia adornar el campanario simbólico, y que perdido en los aires, en medio de los vientos y de las nubes, estaba destinado quizá á no ser visto durante los siglos más que por los ángeles y Dios! Todos obraban así, porque sabian que trabajaban por aquel que nada olvida y cuya vida es la eternidad.

Bajo las arcadas de aquellas basílicas, y sobre las gradas del mismo altar que han embellecido este arte poderoso, es á lo que la antigüedad fabulosa atribuyó los primeros milagros de la ci-

vilización. A impulsos del benedictino Gui de Arezzo, la música, comprendiendo mejor las relaciones de los sonidos, supo sacar de ella sus efectos más grandiosos combinándolos. Al lado de la melodía de aquel arte griego cuyos restos fueron salvados por Gregorio el Grande, nació la armonía con sus sonoros acordes, la armonía, la cual, algunos de aquellos poetas que saben hablar al corazón y conmoverlo, sin el socorro de la lengua, los Gretry, los Pergoleses y tantos otros, engendrados por el genio sacerdotal, supieron trasportar nuestras fiestas sus prodigios y entusiasmo.

En fin, ¿no es al genio del sacerdote á quien la Francia debe su antigua é ilustre escuela de medicina de Montpellier? (1) Mucho tiempo antes que nadie, y cuando la ignorancia reinaba en todas las clases de la sociedad, el sacerdote ejerció el noble ministerio de curar los cuerpos y salvar las almas.

Veamos ahora lo que resulta de todo lo que hemos dicho en estos dos capítulos. Si las letras han brillado y brillan todavía con su vivo destello; si las ciencias marchan en nuestros días,

(1) La escuela de medicina de Montpellier ha sido la primera en Francia.

en sus aplicaciones sobre todo, con una rapidez que espanta; si las artes en los tiempos modernos han llegado á una perfección que no tiene igual; si nuestro estado político es tal que sea infinitamente preferible vivir actualmente en cualquier estado de la Europa, que en ninguna de aquellas repúblicas antiguas tan elogiadas; si á pesar de la diferencia de sectas, los pueblos se encuentran unidos por una misma tendencia y las mismas esperanzas, hasta el punto que en lo de adelante una guerra entre ellos seria impía como una guerra civil, como una guerra entre hermanos; ¿á quienes somos deudores de todo ésto, sino al genio del sacerdote católico? y para decirlo de una vez, sin temor de engañarse; desde el punto de vista humano y religioso, para el individuo, como para la sociedad, el Sacerdote ha esclarecido al mundo y lo ha hecho á la vez mejor y más feliz.

En presencia de estos resultados, una risa de lástima se escapa cuando se oye á la filosofía crítica del siglo XIX, que en lugar de considerarlos y juzgarlos en su magnífico conjunto, aplique su microscopio no mas á algunas imperfecciones y detalles que parten de la naturaleza humana y no del genio sacerdotal, supuesto que se les ve aislar los hechos de su causa y

de sus consecuencias, para no ver en ellos ni presentar más que la faz desfigurada: tristísimo sistema, y á la vez deplorable ceguera. Y sin embargo, esta filosofía cuyos sofismas ha aclarado la sola razón, ha empujado hasta nosotros su perniciosa influencia, y nuestra época, no solo incrédula, sino escéptica é ignorante, ha conservado alguas de estas dudas, y otros de sus errores.

El mundo marcha, y muchos de los que se llaman hombres sensatos, y que lo serán hasta negar que la materia haya podido darse á sí misma el movimiento y la vida, no lo son para ver que el mundo debió recibir tambien de un primer motor el impulso moral que sus progresos nos revelan. Profundamente instruidos en todo lo demás, y, sobre todo, en lo que ve á las ciencias físicas, estos partidarios irreflexivos de una filosofía materialista, ignoran el verdadero principio de las cosas intelectuales: reflexivos hasta el exceso, por todo lo que ve á la vida sensible, no pueden, tratándose de religion, sacudir la envoltura de la preocupacion que los encadena, y ciegos voluntarios, prefieren la inquietud de la duda á la calma de la fé, y las importunas oscuridades de la tierra á los brillantes destellos del cielo.

Alguno habrá que conceda al Sacerdote la gracia de creer que su genio y su palabra han sido buenos para alguna cosa: pero dicen que ha sonado ya su última hora, que ha llegado el momento de borrar su nombre y sus huellas de sobre la tierra, emancipándolo del género humano como si el género humano, sublime infante, pero infante siempre, no hubiese aprendido en sus caidas y extravíos que no puede marchar sin el socorro de una mano que lo dirija y lo sostenga! O bien se dirá que el sacerdote católico estaba en efecto colocado muy alto, pero que de allí ha descendido, por cuanto que en estos tiempos es impotente para enseñar y mostrar el camino, avanzando él, el primero; que los dogmas que ha predicado, que la disciplina que ha adoptado, no han recibido ninguna modificacion; que está estacionario. . . . Estacionario, dijisteis, porque no cambia? mejor digamos que está inmutable. Cambia Dios? y con todo, ¿es ménos su providencia? ¿deja de conducir las esferas celestes sobre nuestras cabezas, y la humanidad sobre la tierra, deja de cumplir sus destinos respectivos?

Este viejo mundo que á su turno espera y desespera de sí mismo, siente en su interior que todavía no es llegado el dia en que Dios se levante para juzgar su obra; tambien siente que solo no podrá conducirse á su fin, y que en su trabajo necesita del socorro del Sacerdote católico, cuya fé corona grandes cosas.

Si el frío industrialismo hiela y marchita los corazones; si las naciones de Europa con sus conquistas y viajes lejanos, no plantan, como antes, la cruz al lado de sus tiendas, sin embargo, grandes signos comienzan á aparecer. La incredulidad no marcha ya con su cabeza erguida, ni las ciencias ejercen su accion disolvente, pues todos los dias ellas confirman con sus descubrimientos la autoridad de nuestros libros santos, de donde la historia, por otra parte, viene á aumentar sus luces. La poesía, indicio cierto de los sufrimientos y necesidades del corazon, pide al genio del sacerdote católico consuelo para sus dolores y fin á sus esperanzas. Las artes comienzan á comprender que su mision no consiste, como antes lo creian, en resucitar el pasado; y

si las vemos inactivas, es porque recogidas en silencio, piden entónces al genio del sacerdote sus grandes aspiraciones que guarda en el seno de su fé. (1)

(1) La Virgen de la Hostia de M. Ingres que todo Paris no se cansa de admirar en el instituto, ¿no es un prelude del renacimiento religioso que se prepara en las artes? Tal cuadro, es una hermosa página, que honra á la vez al artista y á la religion que se lo inspiró.